

## El hundimiento de los referentes

No es exactamente una simple cuestión de modas caseras y caprichosas el fenómeno del hundimiento de los referentes mayúsculos y singulares que articularon los ideales y las actitudes de la izquierda en este país y en el resto del Occidente. Lo político y lo ideológico no han sido desplazados por lo lúdico y lo mágico. Esa es una muy confortable y recia coartada «teórica» para enmascarar el agudo desconcierto que la izquierda vive en escenarios sociales de similar escala material y cultural al nuestro. Pero, sobre todo, es una muy provinciana manera de eludir por la vía rápida esa complejidad inexcusable que está en el meollo de todas las sociedades modernas y que es el origen de las sucesivas mutaciones acontecidas en estos cuatro o cinco últimos lustros, y de la que esta visible crisis del tradicional discurso de la izquierda —visible, ya digo, en términos ortográficos y tipográficos— apenas es un signo más.

Mientras en otros países, algunos con el socialismo instalado en el Gobierno de la nación, reflexionan a marchas forzadas y sin telarañas en la mirada acerca de las decisivas rupturas históricas, sociales, económicas, tecnológicas, científicas, culturales y filosóficas que han afectado de arriba a abajo las viejas nociones de «lo

político», «la izquierda», «la revolución», «el proletariado», «el comunismo» o «el partido», aquí, los miembros correspondientes de la Academia de la Izquierda, nos hablan de los estragos que en la moral política están causando los hijos de Boccusse, Marlowe, Woody Allen, Arzac, Arconada, Rafael de Paula, Stevenson, Castañeda y Arzac. O lo que aún es más patético: continúan nuestros teóricos empecinados en confundir públicamente esa crisis de civilización que no está dejando evidencia con cabeza en el muro en vías de postindustrialización, con la crisis gubernamental del viernes por la tarde, o con los cotilleos acerca del sumario del 23-F, o con las inevitables intrigas de partido. Andan tan cegados por la inmediatez que se les escapa la actualidad.

## La ruptura que ocurrió

Naturalmente no es en el mundillo de los politicólogos de pasillo o de los teorizantes de la era del segundo Plan de Desarrollo donde hay que buscar los verdaderos síntomas de esas decisivas mutaciones que ha sentido en sus propias carnes el hombre que no tenía la mirada distraída. Ellos, los «irreciclables», sostienen que el origen de la desmovilización política de la izquierda española está en la frus-

trada ruptura democrática, y que todo lo demás son invenciones, mimetismos o frivolidades. Es justamente al revés de como nos lo cuentan. Porque lo cierto es que si hubo ruptura. Y ruptura histórica que, entre otras consecuencias, fragmentó impiamente en mil pedazos el tradicional discurso teórico y práctico de la izquierda. Es obvio que no me refiero ahora al sureño concepto platajuntista de «ruptura», sino a la compleja noción de ruptura que, por aquellas mismas fechas, estaba viviendo con intensidad y dramatismo toda la izquierda occidental, y cuyos primeros efectos nos están salpicando ahora mismo, con los cinco tradicionales años de retraso sobre el horario previsto. Precisamente ocurrió la ruptura que hizo tambalear la ortografía ideológica de aquel sincero militante o compañero de viaje de los años sesenta, que dispersó poéticamente el cerrado texto de cabecera, que liquidó la centralidad sagrada de lo político, que introdujo en el escenario de lo social nuevos sujetos históricos sin trato conocido con los modos de producción, que desplazó las luchas populares del asalto al Estado a la conquista de lo cotidiano, que provocó en la izquierda el abandono de la idea de Revolución en la propia casa para trasladarla a lugares cada vez más lejanos: Oriente Medio, Nicaragua, El Salvador, Polonia.

Como dice Michel Foucault, la izquierda de estos últimos años ha per-

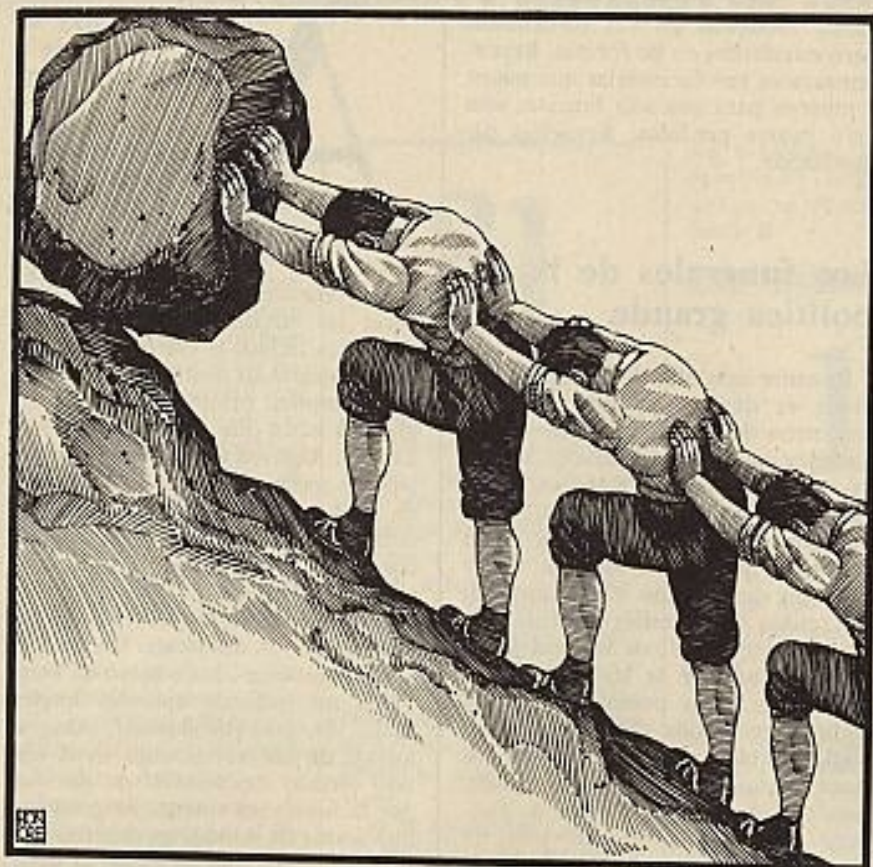
# EL ESCEPTICISMO COMO NUEVA FE

FERNANDO SAVATER

**C**REO que creo, pero a veces dudo de sí dudo»: con este patológico trabalenguas resumía hace poco un amigo su confusa situación anímica frente a las propuestas de transformación del mundo que padecemos. Una de las novedades de los tiempos es que a los dogmáticos militantes de hace unos años, para quienes la más ligera reserva teórica o cautela práctica era entreguismo pequeñoburgués o traición, les han sustituido los actuales fanáticos del escepticismo. La sustitución se ha realizado por lo general dentro de sí mismos, o sea que los exdogmáticos son ahora excépticos y todo queda de ese modo en familia. No hay fe más exigente y rígida que el escepti-

cismo, sobre todo para los nuevos conversos: es cosa de ver el jubiloso fervor con que anatematizan a quien formula una leve esperanza de modificación del orden vigente o descalifican con una pladosa sonrisa al que delante de ellos se atreve todavía, en el calor de una discusión, a manejar términos como «explotación» o «justicia». Como mientras fueron creyentes cerraron ojos y oídos a todas las barbaridades que se hacían (y se hacen) en los llamados países socialistas en nombre de la diosa Revolución, ahora rechazan de plano, con idéntica intransigencia, que detrás de cualquier planteamiento revolucionario pueda haber otra cosa que barbarie. Como antes excusaron el autoritarismo o la ambición de sus dirigentes por el hecho de estar afiliados a la Santa

Causa, ahora ya no ven en toda causa más que autoritarismo y ambición, subrayando con deleite estos demasiado frecuentes rasgos personales en cualquier socialista o comunista que llega a un cargo público. Lúcidos, ilustrados, desengañados al fin, acuden de inmediato a socorrer la ingenuidad de quien saluda con moderado contento alguna victoria de la izquierda en un mundo político no demasiado abundante en ellas: «¿cómo, pero tú te crees lo de Mitterrand?... no me dirás ahora que Papandreu... lo de Nicaragua ya se veía venir: ¡verás como acaban!... te advierto que, objetivamente considerado, había más libertad con Giscard... mira, si me apuras te diré que prefiero Fraga a Felipe: ¡por lo menos mantendrá quietos a los militares!... etc... Sobre todo, los neo-escépticos conservan una fe de carboneros en que todo es irremediablemente como debe ser o, al menos, como tiene que ser. Ya han descubierto por fin el secreto del mundo: no hay nada que hacer. No permitirán que ningún aguafiestas con veleidades regeneracionistas retroadolescentes les fastidie esta simple y contundente convicción. Sólo les queda clausurarse en la vida particular,



mos años la izquierda no ha producido ningún *universal del pensamiento*. ¿Asistimos a una mundialización de los cálculos políticos? Sin duda. Pero de ninguna manera asistimos a una universalización de la conciencia política (...). Las épocas dominadas por los grandes pasados —guerras, revoluciones, resistencias— exigen fidelidades. Pero hoy es el tiempo de las rupturas. Era lógico que en el periodo de la tromboflebitis *las resistencias españolas* —digámoslo así, en cursiva, plural y minúscula— fueron insensibles a las grandes rupturas que se producían en el mundo y afectaban directamente a los fundamentos de la izquierda occidental. Es intolerable que tantos años después continúen adueñándose aquella «particular ilusión» del rupturismo casero a modo de causa de la «desilusión de los universales políticos». No somos diferentes, como insisten cada dos por tres ciertos intelectuales que viven con intensidad el arte de la repetición decimonónica. Sencillamente se trata de un mero desfase horario que es necesario corregir, faltaría más, pero que es de pésimo gusto elevar a categoría histórica o filosófica.

## Los nuevos protagonistas

Exilio de los universales mayúsculos, pluralización de las evidencias, fragmentación lírica de la prosa del mundo, mitificación del instante, olvido del pasado, terror al futuro... Cada uno de estos momentos vividos por el hombre que no tenía la mirada distraída posee sus correspondientes traducciones: fracaso de las grandes revoluciones, renuncia explícita de la izquierda occidental a la toma de Poder, irrupción de nuevos sujetos revolucionarios en el teatro de las luchas sociales, acabamiento de la era de la producción, desarrollo vertiginoso de la sociedad de consumo de masas, crisis sin retorno de la legitimidad histórica, política y teórica de los partidos comunistas, reparto nuclear del planeta, Budapest, el Gulag, Vietnam, Berkeley, Mayo, las guerras del Tercer Mundo, Polonia... Y una observación central que debo a Jean Daniel: los científicos han decidido realizar en sus laboratorios lo que la Revolución no ha logrado en la Historia: cambiar al hombre.

Pero el telefilm sigue su curso. No todo ha sido desencanto, deserción social, nostalgia o magia simpática, como nos quieren hacer creer esas

dido sus tradicionales identidades. Ya no se sitúa por relación a los grandes «geodésicos» de la historia —capitalismo, burguesía, imperialismo, socialismo, proletariado— sino a partir de

experiencias cada vez más dispersas, objetivos cotidianos, compromisos de quita y pon, consensos altamente perecederos, ideas móviles y territorios exóticos. Y concluye: «En estos últi-

comprarse un video y esperar las televisiones privadas, afiliarse a un club de *gourmets* donde les recomienden los caldos y las salsas de que se privaron cuando eran proclinos, intentar por fin vivir el gran amor de su vida con Purita y leer a Jean-François Revel, que no creas, pero tiene mucha razón...

Por supuesto, no es cosa de predicar de nuevo los viejos dogmas omniexplicativos que en el pasado próximo obstruyeron tantos pensamientos. Tampoco hay nada que objetar al descubrimiento —no tan reciente— de que la política oficial de uno u otro signo poco hace para transformar la vida cotidiana y que esperar una mayor emancipación de ésta por vía exclusiva de partidos, parlamentos, etc... es obnubilación o hipocresía.

Por otra parte, dar por supuesta la dencia como a los soldados el valor a cualquier señor con un carnet de izquierdas sería demasiado cándido. Lo único que quisiera recordar a los escépticos es que hay *otro* escepticismo más allá del suyo. Es el que duda radicalmente de la necesidad de lo necesario, el que duda de las condiciones objetivas, el que duda de que los dados

hayan sido arrojados ya de una vez por todas; es el que duda de las leyes inexorables del mercado que impedirían cualquier experimento socializante, el que duda de las no menos inexorables leyes psicológicas que nos condicionan a ser por siempre rapaces, obtusos y agresivos, el que desconfía de las utopías pero aún más de quienes proscriben el ímpetu utópico; es el escepticismo que no cree en los partidos pero aún menos en quienes de la crítica a los partidos extraen la coartada de un apoyo práctico a la derecha, es el escepticismo de quienes dudan de la pureza de intenciones de la oposición, pero más de quienes denunciándola se confirman como «independientes progubernamentales», el escepticismo de quienes piensan que todos son más o menos lo mismo, pero los de izquierda están aún por ver... ¡y dudan, por dudar, hasta del refrán que hace al malo conocido mejor que el bueno por conocer! Este radical escepticismo podría ser un bonito objetivo a lograr por quienes ya han despertado de tan acendrados dogmatismos. Animo, pues: ¡escépticos, un esfuerzo más todavía para llegar al pleno desencanto! ■